

reducida divulgación. Todo es posible, tratándose del arte y del público.

Este «Nombre Inefable» de (1) María Alicia Domínguez no marca, en verdad una nueva ruta, ni un avance ideológico o de simple forma en su obra ya conocida. No hace sino confirmar su temperamento y su constante dedicación.

Espigando sus numerosos libros podría formarse una antología de mérito indiscutible. Ojalá que la poetisa hiciera la selección de sus poemas. Yo creo que nadie juzga sus producciones mejor que uno mismo, teniendo es claro, la suficiente dosis crítica para desoír la voz interna, que siempre mira con pasión engañadora el dolor o la alegría que pusimos en nuestro canto.—C. P. S.

NOVELA

«BARULA», de *Carlos Vattier B.*

«Barula» sería el último libro que se me habría ocurrido publicar en Chile.

Esta pequeña novela, obra de una pluma nueva (no debíamos decir: nueva; todas lo son) mejor dicho, obra de un niño, ha venido a posarnos un problema latente en nuestra literatura.

Barula, pseudónimo de Mario, personaje principal, es el tipo del muchacho precoz, culto, viril, en la forma en que puede serlo un adolescente; hostil a su hogar, como lo son todos los precoces.

Barula y el medio en que actúa, traducen con bastante habilidad la vida del muchacho santiaguino en 1930, al menos de aquellos que, a las cualidades anteriores, unen la otra, tan rara, de tener un alma grande y bien intencionada.

¿Se trata de una autobiografía? No lo creo. Conozco al autor; es un buen muchacho, no exento de defectos, como todas las personas, pero no es «Barula», a pesar de que este último también dista mucho de ser un personaje ideal. No, Barula es pura humanidad, y humanidad nuestra con sabor a la tierra, y sabe Dios si no está allí el mérito mayor de la obra. Sí, el mérito y el problema. Primero el problema que yo titularía de las «vallas literarias», el de los obstáculos, de las polémicas, de las intenciones bajas. Se dijo que Barula no tenía valor alguno, que era un plagio a Radiguet; después se cambió de opinión y se repitió a porfía que el plagiado era Rainer María Rilke. Nuestro amigo Latcham acusó al autor de haberle robado dos nombres: Victoria y Osvalda (caso nuevo de propiedad literaria sobre los nombres propios.....) En fin, los sinsabores menudearon sobre el desgraciado autor, y no pocos sobre mí (modestia aparte) que seguía de cerca la evolución del libro. A cada nueva acusación me ví obligado a releerme las obras completas de los supuestos colaboradores de Vattier y después de cada lectura, penosa como es de suponerse, me convencí que seguía una pista falsa. Y tantas fueron, que

(1) Buenos Aires, 1931.

este comentario ha venido a aparecer un año después de la publicación de la obra. Es cierto que tardé aún más para «Zurzulita» de Latorre. . . . Pero en fin, dejemos de lado esas pequeñeces propias de los países faltos de distracciones. . . Hay problemas de mayor trascendencia que pueden retener nuestra atención.

Barula, es, me parece, el primer libro escrito en «chileno», si hacemos excepción de aquellos libros con diálogos en criollo, acertados a veces, los menos, casi siempre unidos en monstruoso maridaje a un español híbrido de peninsular y americano, ridículo para los españoles y cursi para los americanos.

Ya sabemos la evolución de la lengua en estos pueblos de América, en Chile especialmente. No fué el pueblo quien corrompió la lengua en nuestro país, como ha pasado en las naciones de Europa, sino la clase alta. De allí que toda obra escrita en lengua castiza (o que pretende a tal) tiene un dejo a clase media que no siempre va en su favor. Vattier ha escrito en lengua «bien», anti-castiza, pero con una variante curiosa: «en lengua bien, por persona inteligente», sensible a la belleza, observadora hasta comunicarnos una sonrisa de propia satisfacción, elegante de alma, con finura exquisita, y no olvidemos, con una ingenuidad que va hasta la bondad. Esto último no podía menos que desatar la sorna, aquí, donde las piezas trágicas o delicadas, se ahogan en la más franca hilaridad, y los ritos

fúnebres (unic in de world) en la cueca y el alcohol.

Repito, «Barula» es el último libro que yo hubiera escrito para publicar en Chile. Es cierto que se han publicado libros más osados. Sí, más pornográficos (si pornografía puede llamarse a la evolución de la adolescencia), pero aquellos no eran tan delicados y tiernos y como tales podían triunfar por el escándalo que, al fin y al cabo, es una forma de fuerza bruta. Barula era tierno, era niño que podía pensar y que sabía sentir, mucho más de lo que se atrevió a confesar el autor. Quizá fué esa misma debilidad, la que despertó algunas protestas sobre la «moralidad» de la obra y sobre las intenciones de Vattier. No debió, éste, publicar ese libro entre nosotros; y digo esto sin ánimo de ofender, así como no daríamos *Alsino* a un yanqui, el *Quijote* a un francés o el *Ulises* a un italiano. . .

¿Defectos? Los tiene, y grandes. Primero, aquellos que sacan de quicio a nuestros críticos y que forman la esencia de sus comentarios: las faltas de imprenta y los errores de compaginación, amén de ciertos defectillos de lenguaje, que en este caso sólo se advierten después de una segunda o tercera lectura, cuando el interés de las ideas ha perdido ya el prestigio de la novedad.

Es cierto que algunos tipos.—que yo juzgo indispensables dentro de toda novela que tenga por teatro la vida social de América—son chabacanos y molestos; pero esto no es la culpa del autor. Esta ob-

jeción, formulada por no sé qué crítico, me recuerda el comentario de una señora que había asistido a «Aleluya» la célebre película de costumbres negras. «Es lástima, decía, que todos los artistas sean negros...» Por lo demás, esos personajes secundarios y ridículos están maravillosamente delineados, y su presencia en esta obra, realza en forma muy atinada y artística la figura idealista de Barula.

¿Qué el libro es caótico? Sí, lo es. Más que novela, se me antoja el diario de un adolescente, pero de un adolescente como ya quisieran serlo los que perdieron la frescura del alma, y con ella, la de las ideas. En resumen, es un pequeño «gran libro», naturalmente guardando las proporciones debidas a la capacidad presente y pretérita (espero que no, futura) de nuestra literatura, a la edad del autor, y al *fin* que éste se propone.

Aquello del «fin» es muy importante.

Toda obra puede contener mucho más de lo que lleva, y lo que está dicho en ella pudo haberse dicho en otra forma mejor o diversa, simplemente. Será una verdad de Perogrullo, pero una obra «*Es*» debido a la exclusión de todo lo que pudo ser y que no fué. De lo contrario iríamos a la standardización literaria. Sin embargo, nuestros críticos no advierten, que dentro de una misma obra no hay cabida para una escala de valores. El único valor real de una obra está en su concordancia más o menos justa y armoniosa con la vida ex-

terior; y por lo que respecta a su valor nominal, sólo el progreso evolutivo del autor puede dar el criterio en la valoración del mismo. El metro lo fija su primera obra. Carlos Vattier ha elegido un metro grande «que podría hacerlo morir de su propia suerte literaria». Le deseamos sinceramente que no sea así. En todo caso, «Barula» es una excelente obra, llena de ilusión, de poesía, de petulancia juvenil (que en el caso de Barula—personaje, está bien, y por ello se salva el autor), y por fin, llena de esa amenidad tan escasa en nuestros tiempos en que las palabras escribir y aburrir han pasado a ser sinónimas.—*Benjamín Subercaseaux*.

DAPHNÉ ADEANE: LA PRINCESSE
BLANCHE, por *Maurice Baring* (1)

Sólo ahora se comienza a tener, entre nosotros, un interés vivo por la novela inglesa. Su ámbito se enriquece con profundas sugerencias y abre nuevos caminos a la sensibilidad. Desde la angustia morbosa de Lawrence, el aristocratismo de Michel Arlen, el extraño simbolismo de Swinnerton, hasta la morosa nimiedad de Virginia Woolf, hay zonas intermedias pobladas de fuerza y belleza artística.

Baring yergue en *Daphné Adeane* una obra modelo. No modelo en el burdo sentido de ser fácil de imitar sino en el excelente de constituir un tipo actual de interés novelístico.

(1) Stok. Paris. 1931.